



Sustento del uso justo
de **Materiales Protegidos**
derechos de autor para
fines educativos



UCI

Universidad para la
Cooperación Internacional

UCI

Sustento del uso justo de materiales protegidos por Derechos de autor para fines educativos

El siguiente material ha sido reproducido, con fines estrictamente didácticos e ilustrativos de los temas en cuestión, se utilizan en el campus virtual de la Universidad para la Cooperación Internacional – UCI - para ser usados exclusivamente para la función docente y el estudio privado de los estudiantes en el curso “Regeneración y rehumanización del paisaje urbano” .

La UCI desea dejar constancia de su estricto respeto a las legislaciones relacionadas con la propiedad intelectual. Todo material digital disponible para un curso y sus estudiantes tiene fines educativos y de investigación. No media en el uso de estos materiales fines de lucro, se entiende como casos especiales para fines educativos a distancia y en lugares donde no atenta contra la normal explotación de la obra y no afecta los intereses legítimos de ningún actor.

La UCI hace un USO JUSTO del material, sustentado en las excepciones a las leyes de derechos de autor establecidas en las siguientes normativas:

- a- Legislación costarricense: Ley sobre Derechos de Autor y Derechos Conexos, No.6683 de 14 de octubre de 1982 - artículo 73, la Ley sobre Procedimientos de Observancia de los Derechos de Propiedad Intelectual, No. 8039 – artículo 58, permiten el copiado parcial de obras para la ilustración educativa.
- b- Legislación Mexicana; Ley Federal de Derechos de Autor; artículo 147.
- c- Legislación de Estados Unidos de América: En referencia al uso justo, menciona: "está consagrado en el artículo 106 de la ley de derecho de autor de los Estados Unidos (U.S.Copyright - Act) y establece un uso libre y gratuito de las obras para fines de crítica, comentarios y noticias, reportajes y docencia (lo que incluye la realización de copias para su uso en clase)."
- d- Legislación Canadiense: Ley de derechos de autor C-11– Referidos a Excepciones para Educación a Distancia.
- e- OMPI: En el marco de la legislación internacional, según la Organización Mundial de Propiedad Intelectual lo previsto por los tratados internacionales sobre esta materia. El artículo 10(2) del Convenio de Berna, permite a los países miembros establecer limitaciones o excepciones respecto a la posibilidad de utilizar lícitamente las obras literarias o artísticas a título de ilustración de la enseñanza, por medio de publicaciones, emisiones de radio o grabaciones sonoras o visuales.

Además y por indicación de la UCI, los estudiantes del campus virtual tienen el deber de cumplir con lo que establezca la legislación correspondiente en materia de derechos de autor, en su país de residencia.

Finalmente, reiteramos que en UCI no lucramos con las obras de terceros, somos estrictos con respecto al plagio, y no restringimos de ninguna manera el que nuestros estudiantes, académicos e investigadores accedan comercialmente o adquieran los documentos disponibles en el mercado editorial, sea directamente los documentos, o por medio de bases de datos científicas, pagando ellos mismos los costos asociados a dichos accesos.

El jardín en movimiento

Gilles Clément

Premio
FAD 2013
Pensamiento
y Crítica



Introducción

A lo largo de ciertas carreteras, tropezamos con jardines involuntarios. La naturaleza los ha creado. No parecen salvajes y, sin embargo, lo son. Un indicio, una flor particular, un color vivo, los distinguen del paisaje.

Al mirar estos jardines de forma sesgada, como hacen los perros con las moscas, se plantea un DESFASE.

Imágenes:

Sologne. Suelo cubierto de dedaleras, claro púrpura entre los árboles. Han talado los robles.

Isla griega. Paros en abril, en el viento. A ras de una tierra cepillada por el Harmattan, un manto de malvas, *Anthemis*, una amapola.

Hemisferio sur, carretera de Wellington, un campo de *Arums* blancas que las vacas evitan. Más lejos, capuchinas sobre matas de *Muehlenbeckia*.

Palmerston North, una playa. Altramuces arborescentes y cinerarias a la luz, muy pálida, de un amanecer.

Si preguntamos a los habitantes quién ha plantado esas flores, no lo saben. Siempre han estado ahí. ¿Siempre? ¿Pero qué hacen las capuchinas, originarias de México, en Nueva Zelanda? O las *Arums* africanas, las *Cannas* indicas, que crecen fuera de África o de India, como si estuviesen en su medio original... *Hydrangeas* asiáticas y *Fuchsias magellanica* sobre los altiplanos de la Isla de la Reunión. Eucaliptos australianos y tasmanos en África, Madagascar, los Andes, en todo el mundo, poblando las montañas secas, las tierras difíciles.

Los hombres han viajado y, con ellos, las plantas. De esta mezcla inmensa, que ha puesto frente a frente flores de continentes separados desde hace mucho tiempo, nacen nuevos paisajes.

Las plantas que se escapan de los jardines razonados están a la espera de encontrar un suelo que les convenga para desarrollarse. El viento, los animales, las máquinas, transportan las semillas lo más lejos posible.

La naturaleza utiliza todos los vectores capaces de actuar como intermediarios. Y, en ese juego de uniones, el hombre es su mejor baza. Sin embargo, no le preguntan su opinión. ¿Se harán sin él, los nuevos jardines?

Un suelo abandonado es el terreno que prefieren las plantas VAGABUNDAS. Una página en blanco para iniciar un boceto sin modelo. El invento es posible, el exotismo, probable.

Siempre han existido los SUELOS BALDÍOS. La historia los denuncia como una pérdida de poder del hombre sobre la naturaleza. ¿Y si los mirásemos de otro modo? ¿No serían ellos las páginas en blanco que necesitamos?

En los países más alejados y, a menudo, más pobres, lo que se nos suele enseñar primero es el último edificio: se trata de una conquista. Cuando, en un país como Francia, hay suelos baldíos en un municipio, el alcalde se alarma: siente vergüenza. Estos dos comportamientos siguen una misma dirección. Una pérdida perceptible del poder del hombre se considera una gran derrota. Se entiende por qué este proceso mental ha conducido a una formalización extrema de las modalidades de creación: no existían otros medios de expresar una supremacía y de facilitar su lectura. Y eso se debe, sin duda, a que la forma —la forma controlada— gozaba del exorbitante poder de prevenirnos de las persistencias diabólicas de lo desconocido. Los jardines tradicionales, de diseño constante, calman el espíritu, alimentan una NOSTALGIA, despejan interrogantes.

¿De qué tenemos miedo exactamente? o, más bien, ¿de qué necesitamos tener miedo todavía? En la espesa sombra de un sotobosque, o en el fango de los pantanos, yace una inquietud que el inconsciente tiende a expulsar. Lo limpio y claro tranquiliza. Todo lo demás está habitado por maléficos elfos... Todavía a finales del siglo xx, tropezamos con esquemas simplistas que el romanticismo ha hecho pesados. Para cambiar de jardines, hay que cambiar de leyenda: parece que tenemos los medios necesarios. Hoy en día, hemos logrado reconsiderar completamente el modo de aprehensión sobre el cual se había modelado nuestro universo —es decir la imagen que deseábamos tener—, y que, de hecho, construía nuestros sueños.

¿Qué ha pasado?

Hace cien años, todavía se clasificaban las cosas y los fenómenos. Se inventariaban y se agrupaban por afinidades. Se agotaba así una “tipomanía” que servía como base de reflexión. Las plantas no han escapado a un orden sistemático en el cual conviene siempre situarlas. Hoy en día, ha aparecido un nuevo factor que ha hecho estallar todos los

órdenes de clasificación y ha transgredido las leyes más intransigentes. El jardín, en tanto que prolongación de un pensamiento ordenado, también ha explotado.

Lo que ha sucedido, que se podría denominar el *hecho biológico*, ha sacudido, sin duda de forma irreversible, los modos y las premisas de toda creación. En el siglo XIX, la biología no existía; solo existían los seres vivos.¹ Hoy en día, todos tenemos conciencia de lo que pasa “entre” los seres vivos. Ya no nos podemos contentar con yuxtaponer elementos clasificados, con llenar el espacio de individuos bien anclados en su definición, infinitamente aislados. El motivo es que nada, en su puesta en práctica, ha previsto el nexo que podía haber entre ellos. Todavía hoy, el jardín parece haber escapado a esa gran conmoción, lo que parece muy contradictorio. ¿Es posible que, quizá, solo se esté manteniendo al margen, por prudencia, como para descartar lo esencial de un mensaje difícil de soportar?

Recurrir a un arquitecto todavía parece la única forma conveniente de abordar el DESORDEN natural. Es una manera de decir que el ORDEN biológico —de una naturaleza completamente diferente— todavía no se ha percibido como una posibilidad de generación de ideas nuevas. Se le ignora, como si aquellos que manipulan el paisaje se hubieran aislado de las ciencias que desvelan su inteligencia. Podemos preguntarnos por qué.

Es muy revelador que el IFLA² asimile los suelos baldíos industriales a un paisaje en peligro. Equivale a denunciar la reconquista de un espacio por la naturaleza como si fuera una degradación, cuando se trata de todo lo contrario. El hombre, que ha ganado terreno, ¿no puede ceder algo?

Sin embargo, las dinámicas más intensas del paisaje se confrontan justo en el punto de encuentro de los poderes orgánicos y los poderes inteligentes.

Todo aquello que el hombre abandona al paso del tiempo, proporciona al paisaje la oportunidad de ser marcado por él, pero también de liberarse de él.

Los suelos baldíos no hacen referencia a nada que perezca. En sus lechos, las especies se dedican a inventar. El paseo por los suelos baldíos constituye un replanteamiento continuo, ya que todo está ahí para desbaratar las especulaciones más arriesgadas.

Observar un lugar familiar que se vuelve baldío lleva a plantearse diversas preguntas, todas ellas vinculadas a la dinámica de la transformación.

¿Cuál es el poder de RECONQUISTA que anima este lugar salvaje?

Las hierbas han desaparecido. ¿Por qué estas espinas?

La landa destinada al pasto ha perdido terreno, los árboles lo han ganado.

El paisaje abierto, ¿va a volver a cerrarse?. ¿Es un bosque el CLÍMAX del *bocage*?³

Finalmente, y sobre todo:

¿Sería posible que ese gran poder de conquistar el espacio se pusiera al servicio del jardín? ¿Y, de qué jardín?

En un lugar resguardado de las miradas, apartado de las ciudades y las carreteras, un terreno de unas pocas áreas servirá como EXPERIMENTO.

Oportunidad: el suelo baldío ya está aquí.

Intención: seguir el flujo natural de las plantas, adscribirse a la corriente biológica que anima el lugar, y orientarla. No considerar a la planta como un objeto acabado. No aislarla del contexto que la hace existir.

Resultado: el juego de las transformaciones conmueve la forma del jardín constantemente. Está todo en manos del jardinero. Es él quien lo concibe. El movimiento es su herramienta; la hierba, su materia; la vida, su conocimiento.

Sin duda, es difícil imaginar qué aspecto tendrán aquellos jardines para los que se ha previsto una existencia que no se inscribe en ninguna forma.

En mi opinión, no debería juzgarse a estos jardines a partir de su forma, sino de su aptitud para reflejar cierto placer de existir.



1. Foucault, Michel, *Les Mots et les choses* [1966], Éditions Gallimard, París, 1992 (versión castellana: *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 2009).

2. International Federation of Landscape Architects (Federación Internacional de Arquitectos del Paisaje).
3. Tipo de paisaje en el que las tierras de cultivo o los prados están rodeados por elevaciones de tierra cubiertas por árboles o setos y donde el hábitat es disperso [N. de la T.].

1. El orden

La ilusión del orden

La ilusión del desorden

“El hombre nunca ha podido vivir sin tramas. Ante el desorden aparente del mundo, tuvo que buscar los términos significantes, aquellos que, asociados entre ellos, hacían que su acción sobre el medio fuese más eficaz, aquellos que le permitían sobrevivir. Ante la infinita abundancia de objetos y seres, buscó relaciones entre ellos y, ante la infinita movilidad de las cosas, buscó invariables”.¹

Henri Laborit, *La Nouvelle grille*.

Sin duda, la historia de los jardines está marcada especialmente por la noción de orden. En el jardín —y únicamente en él— la naturaleza se presenta según un orden particular. En cualquier otra parte, en el paisaje agrícola, se niega la naturaleza de forma radical. Y, de un paisaje no agrícola, se dice que es salvaje, lo que excluye la noción de orden.

El orden del jardín es visual. Es comprensible por su forma. El vocabulario relacionado con los jardines es muy preciso: remates, setos, parterres, alamedas, entoldados, etc.,² y su objetivo es aislar elementos que, en la naturaleza, se entremezclan de forma confusa. De este modo, el orden es, al mismo tiempo, una apariencia, un contorno de las formas, una superficie o una arquitectura. Todo lo que se aleja de él es desordenado. De ahí el origen de las técnicas que garantizan este orden: tala, corte, poda, escarda, rodrigado, empalizado, etc. Es como si, hasta la actualidad, el orden se hubiese percibido solo desde el exterior de los fenómenos —su aspecto— y como si este no debiera cambiar nunca.

Sin embargo, incluso para abordar la forma, existen otras palabras. Con relación a las masas forestales³ se habla de “manto arbustivo” cuando el lindero del bosque es espeso, y de “margen” para designar a los matorrales que lo acompañan. Este vocabulario alude a un tejido continuo que se desarrolla entre la copa y el estrato herbáceo. Está compuesto de múltiples especies imbricadas. Y cuando en este manto, o pradera, se encuentran matorrales espinosos, se dice de él que está

“armado” o que está invadido por una “maleza de colonización”.

¿Se trata todavía de un jardín?

Quizá. Pero integrar estas palabras a la larga lista que ya entorpece las publicaciones sobre jardinería aporta una nueva mirada sobre la noción de orden. Una mirada diametralmente opuesta que, por ejemplo, tendría en cuenta la posible expresión de un orden interior, íntimo, el de los mensajes que se transmiten con vistas a una evolución; un orden que permitiría “ir hacia”. “La naturaleza evoluciona, es decir, que suma y se vuelve compleja, no resta”.⁴

En un jardín de “orden estático”, una dedalera que emerge del macizo que le estaba destinado es indeseable. Produce sensación de desorden.

En un jardín de “orden dinámico”, una dedalera de raíces libres indica que el lugar está en evolución. El desorden consistiría, por el contrario, en interrumpir esta evolución.

Con frecuencia, el orden se asocia a la limpieza. Es una noción subjetiva carente de sentido biológico. Origina comportamientos diversos. En un parque floral del centro de Francia,⁵ un jardinero cortaba flores marchitas y lozanas a la vez; las amontonaba en una carretilla para tirarlas. Al percatarse, el propietario se inquieta y le pregunta:

—¿Por qué corta usted las flores que están en buen estado?

—¡Me adelanto, señor!

Este gesto anodino tiene más consecuencias de las que pueda pensarse. Sin duda, eliminar la causa elimina el efecto, pero eliminar las flores marchitas no significa únicamente eliminar las manchas (limpiar); significa también eliminar los frutos y, por lo tanto, las semillas. Ahora bien, es precisamente en las semillas donde se encuentra lo esencial del mensaje biológico, el que genera un orden dinámico y conduce a jardines desconocidos.



1. Laborit, Henri, *La Nouvelle grille*, Éditions Robert Laffont, París, 1974.
2. Conan, Michel, *Vocabulaire des jardins*, Ministerio de Cultura Francés, Dirección de Patrimonio.
3. Fournet, Claire, “Une approche écologique de la gestion des espaces verts: Orléans-la-Source”, *P+A Paysage et Aménagement*, núm. 12, Versailles, septiembre de 1987.

II. Entropía y nostalgia

No hay accidentes en los jardines. Solo las construcciones de los hombres sufren accidentes. La naturaleza sufre cataclismos. Y luego cicatriza.

Desde el momento en que se dan por acabadas, las construcciones del hombre entran en un proceso de degradación irreversible. Su incapacidad de evolucionar las condena, antes o después, a la ruina. Cuando una obra está terminada, está muerta. Por el contrario, la naturaleza nunca concluye nada. Soporta los huracanes, interpreta las cenizas de un fuego, inventa un proceso de vida sobre las bases, siempre nuevas, de una conmoción.

Las plantas pioneras colonizan las lavas extinguidas, los desprendimientos de rocas, las rocas madre que un acontecimiento brutal ha sacado a la luz. Se instalan de forma temporal por un tiempo, a veces muy breve, y fabrican un lecho que servirá de base para otras plantas más exigentes. Sobre las lavas enfriadas a menudo crecen musgos pirofíticos: un paisaje en miniatura, un orden inicial de una serie futura en la que el musgo habrá desaparecido. Los brezos, las *Fabiana*, los *Sedum*, las orquídeas se instalan sobre los basaltos volcánicos a la cabeza de los cortejos florales.

La dinámica del derrumbe, como la de la reconquista, forma parte de la evolución natural del jardín. Entre 1980 y 1990, una serie de tormentas derribaron numerosos árboles de las costas de Normandía y Bretaña. Según los propietarios de los bosques de Moutiers (Varengville-sur-Mer, en Normandía): “El efecto del viento eliminó los árboles que no nos atrevíamos a cortar. También eliminó otros árboles. Pero nos permitió hacer nuevos jardines”.

Sentimos un apego por las estructuras que nos incita a desear que sean inmutables. Pero el jardín es el terreno privilegiado de los cambios continuos. La historia de los jardines muestra que el hombre ha luchado de forma constante contra estos cambios. Es como si intentara oponerse a la entropía general que rige el universo, una fuerza constructiva cuyo único objetivo sería esquivar la muerte, librarse de ella.

En su edición de 1957 el diccionario Larousse define la entropía del siguiente modo: "Magnitud que, en termodinámica, permite evaluar la degradación de la energía de un sistema: la entropía de un sistema caracteriza su desorden".

Degradación, desorden, son palabras que se aplican a los objetos acabados, a los sistemas cerrados. Pero ¿es este el caso de un jardín abandonado?

"Abandonado a sí mismo, un sistema aislado tiende hacia un estado de desorden o, lo que es lo mismo, hacia un estado de alta probabilidad".¹

Es necesario que exista cierto abandono para que aparezca "un estado de alta probabilidad". En un jardín, se deja ese abandono a la vida. Joël de Rosnay señala que Henri Bergson y Pierre Teilhard de Chardin "dan prioridad a la evolución biológica respecto a aquella de la entropía".²

La vida excluye la nostalgia, no hay un pasado venidero.



1. Rudolf Clausius (1822-1888), físico alemán que introdujo el concepto de entropía en la termodinámica.
2. Rosnay, Joël de, *Le Macroscopio: vers une vision globale*, Éditions du Seuil, París, 1975 (versión castellana: *El macroscopio: hacia una visión global*, Alta Centauro, Madrid, 1977).

III. Reconquista

El hecho biológico...

“La palabra ‘vida’ es una palabra mágica. Es una palabra valorizada. Todo otro principio palidece cuando se puede invocar un principio vital”.¹

Gaston Bachelard, *La formación del espíritu científico*

En la isla negra y gris de Santiago, erizada de volcanes, las cabras y la gran sequía del lugar se disputan una vegetación de plantas espinosas y hierbas coriáceas. Vive un solo hombre.

Sometido al viento de Humboldt, entre albatros e iguanas, tiene por compañera a una lechuza. Se posa sobre el alféizar de la ventana sin cristales que da luz a la habitación, una estancia para estar, para dormir y comer. Al parecer, el hombre vela el material desgastado de una salina en desuso situada en el cráter de un pequeño volcán. Allí vive un grupo de flamencos rosas. Es un margen muy estrecho: contorno de vegetación entre la sal del agua, abajo, y la sequedad del suelo, arriba.

¿Cómo se vive sobre las crestas de lavas vomitadas por el planeta un día de gran depresión, hace miles de años? Interrogado, Apolo —ese es su nombre— muestra las cactáceas pioneras que han logrado infiltrarse en las fisuras: vegetales enanos recubiertos de espinas finas y relucientes. Arduo nacimiento de la planta. Pero, sin embargo, posible. Es una cuestión de amplitud biológica.² Cada vez que una conmoción de la naturaleza hace desaparecer el suelo vivo (cenizas, material de desprendimientos, rocas madre sacadas a la superficie, canteras, carreteras, lavas, etc.), hay reconquista. El sustrato que se ofrece a una futura vegetación es muy pobre, casi estéril. Solo algunas plantas poco comunes consiguen arraigar. Son las verdaderas pioneras. Estas plantas tienen una amplitud biológica muy estrecha, están sometidas a un medio excepcional, restringido en el espacio, poco frecuente en el tiempo. Son las plantas de las rocas en movimiento (saxícolas), de los pantanos (hidrófitos de turberas), de las chamiceras (pirófitos), etc., que desaparecen cuando cambian las condiciones del medio: estabilización de las rocas, formación de un suelo, desecación de una marisma, lixiviación de cenizas potásicas, etc. Se instalan entonces unas especies vegetales cuya

amplitud biológica cubre un espectro mucho más amplio. Son también más comunes.

Las plantas pioneras, las que son capaces de vivir en un medio ingrato, son, de hecho, frágiles; fuera de ese medio, mueren. La riqueza no les conviene.

Cuanto más pobre es el jardín, hay más posibilidades de encontrar especies excepcionales. Para que puedan llegar a crecer saxícolas en un suelo rico, hay que suprimir por completo el sustrato y remplazarlo por formaciones rocosas muy costosas y por piedras sin tierra (el foso de los osos del Jardin des Plantes de París, el jardín de rocas de Kew Gardens en Londres, el jardín seco del Savill Garden en Windsor).

La conquista de un suelo pasa por una serie de grupos florales³ cuyas etapas se pueden datar. Observando tal o cual planta, se puede decir cuánto tiempo hace que la lava se extinguió, que el glaciar se detuvo, que la turba se acumuló o que la tierra agrícola fue abandonada. En este último caso, se habla de suelo baldío.

El "jardín en movimiento" se interesa sobre todo por los suelos baldíos, ya que se trata de un tipo de figura que se encuentra con más frecuencia que los medios pioneros. Es, también, en los suelos baldíos donde se encuentran las especies vegetales de mayor amplitud biológica. Las zarzas, las ortigas y el espino blanco son poco exigentes, se adaptan a medios y condiciones climáticas en ocasiones muy diferentes: se puede suponer que cohabitarían sin dificultad con especies exóticas, con una amplitud biológica equivalente a la suya. La zarza del Tíbet (*Rubus thibetanus*) es más interesante que la zarza común, su madera tiene un color plateado en invierno. Sin embargo, se comporta como nuestro *Rubus*, con el mismo poder invasor.

En ese contexto, no es infrecuente oír hablar de desastre ecológico. El Kudzu (*Pueraria lobata*), una liana japonesa, amenaza con invadir el mundo al ahogar progresivamente las especies endémicas. El tojo (*Ulex europæus*),⁴ que se introdujo para formar setos espinosos alrededor de los pastos para las ovejas en Nueva Zelanda, ha alcanzado los valles y los ha tapizado eliminando cualquier otra especie vegetal. En California, la hierba de las Pampas (*Cortaderia selloana*) se considera una peste cuando sale de los jardines. La *Spartina townsendii* (una gramínea), híbrido de la especie europea y de la americana, invade los prados que

rodean el Mont-Saint-Michel, favorece la elevación del nivel de *tangué*⁵ y, por consiguiente, el encenagamiento de la bahía.

Esta conquista es la expresión de una gran amplitud biológica a la que se suma la falta de competencia de otras especies. El jardín es el principal teatro de estos enfrentamientos, ya que en él se introducen de forma constante especies exóticas.

Comoquiera que sea, la reconquista, al igual que el desmoronamiento, son conceptos igualmente desestabilizadores para el hombre. En realidad, la invasión no es más que la ocupación de un lugar, hasta entonces vacante, y su transformación en un ecosistema. Ahora bien, el proceso de colonización coincide obligatoriamente con un crecimiento de la biomasa, lo que, desde el punto de vista de la ecología planetaria, es más bien beneficioso. Además, a menudo se trata de una fase transitoria que conduce a una situación de clímax considerada estable.

¿Puede un jardín gestionar la invasión? Sin duda, puede admitirla y luego orientarla.

La erradicación de una especie invasiva⁶ es siempre un fracaso: es afirmar que el estado actual de nuestros conocimientos no nos permite otro recurso que el de la violencia.

Podría pensarse en manipulaciones con el objetivo de modificar —aumentar o disminuir— la amplitud biológica de especies animales o vegetales (esto se ha realizado de forma parcial mediante clonaciones resistentes a enfermedades). Algunos laboratorios suizos, por un interés de reconversión, están interesados en el “jardín en movimiento”. Hemos reflexionado conjuntamente sobre este tema: ¿es posible oponer una dinámica natural suficientemente competitiva a la actual dinámica humana?

En otras palabras, el hombre, prolongado en el espacio gracias a sus prótesis tecnológicas, adquiere una amplitud biológica considerable, aunque artificial. Pero la fuerza de colonización de otras especies sufre un retraso; se queda atrás, ¿se la puede ayudar?

Los discursos que se centran en la protección ecológica integral son, evidentemente, nostálgicos. Parecen ignorar el poder de invención de la naturaleza. El jardinero, por su condición de intermediario, se encuentra en la confluencia de encuentros imprevistos. Puede dar su parecer sobre los fulgores o vacilaciones de los comportamientos biológicos.

Una responsable de los viveros Croux nos trae una semilla única de un roble raro (*Quercus pontica*) en un viejo tubo de aspirinas. Explica: “El señor que me la ha dado acaba de morir. Yo se la confío a usted...”.

Se dice que, a veces, Osiris se representa de color verde, el color de la muerte y de la resurrección, porque era el dios de la vegetación antes de que reinase en el panteón egipcio.

El hecho biológico plantea preguntas.



1. Bachelard, Gaston, *La Formation de l'esprit scientifique: contribution à une psychanalyse de la connaissance objective* [1934], Librairie philosophique J. Vrin, París, 1993 (versión castellana: *La formación del espíritu científico*, Siglo XXI, Ciudad de México, 2004).
2. La amplitud biológica mide la capacidad de una especie de sobrevivirse a sí misma.
3. Figureau, Claude, “Quand les mousses recréent le paysage”, *Paysage Actualités*, núm. 132, París, noviembre de 1990.
4. *Terre Sauvage*, núm. 47, Le Bourget-du-Lac Cedex, enero de 1991. El caso neozelandés es, sin embargo, un caso aparte. Al parecer, el lecho producido por los detritus del *Ulex* solo acepta al propio *Ulex*, lo que bloquea el proceso evolutivo de los suelos baldíos hacia el clímax.
5. *Tangue* es un fango fino procedente de la desagregación de conchas que se utiliza como abono en las costas normandas y bretonas [N. de la T.].
6. Noviembre de 1993; en el jardín botánico de Kirstenbosh, en Ciudad del Cabo (Sudáfrica), un cartel muestra las doce especies cuya erradicación de los jardines es fundamental: entre ellas figuran varias especies de acacias australianas, la *Acacia cyclops* y la *Acacia melanoxydon*, que colonizan las chamiceras a gran velocidad en detrimento de la flora local, de crecimiento más lento.

IV. Suelos baldíos

Baldío, palabra devaluada.

Se dice: “quedar en baldío”.

Contradicción: lugar de vida extrema.

Vía de acceso al clímax.

“Un suelo baldío es un suelo no cultivado, o que, de forma temporal, ha dejado de estarlo. Estas tierras se cubren de hierbas indígenas,¹ brezos, aulagas, zarzas, retamas, etc. A consecuencia de los progresos de la agricultura, en Francia los suelos baldíos disminuyen cada vez más. Si, en 1845, suponían 8.108.000 hectáreas, en 1853 habían disminuido a 7.188.000 y, en 1881, a 6.740.000, es decir, aproximadamente un 9 % del territorio”.²

Desde entonces, la agricultura ha experimentado otros progresos: se ha incrementado el rendimiento de los terrenos más accesibles y, en consecuencia, se ha abandonado el cultivo de gran parte de los terrenos accidentados. A esto hay que añadir la “depreciación” agrícola, que consiste en el abandono intencionado de tierras cultivables. En la actualidad hay muchos más suelos baldíos que a principios del siglo xx.

“Los suelos baldíos deben desaparecer a consecuencia del crecimiento de la población y de los progresos de la agricultura”.³

Ese momento no ha llegado todavía. Nuestra civilización ya no es agrícola.

Las opiniones sobre la etimología del término ‘baldío’ [*friche*, en el original francés] están divididas: según indica el diccionario Larrousse: “Del latín vulgar *friscum*, que Grimm relaciona con *fractitium*, campo que se cultiva por vez primera, de *fractus*, roto. Maury propone el término gaélico *frith*, *frithe*, tierra baldía”;⁴ en cambio, en la edición de 1983, el diccionario *Le Petit Robert* dice: “N. f.; 1251, variante de *frèche*, del francés antiguo y dialectal; neerlandés medio *versh*, fresco”.

Casi siempre, el término baldío se aplica a un terreno que ha dejado de ser cultivado o a uno que podría cultivarse. No se usa este término para designar las laderas salvajes, los prados abruptos de alta

montaña, los terrenos previos a las dunas atestados de cardos o ningún otro entorno llamado “natural”. Lo “baldío” excluye a la vez a la naturaleza y a la agricultura, deja entender que podría hacerse más.

¿Se puede hacer un jardín por casualidad?

En 1988 visité las montañas de Forez por encargo del subdelegado del gobierno y del alcalde de Montbrison, con el objetivo de desarrollar un proyecto de expansión turística para doce municipios. El campo, en este lugar de Francia, conserva todos los arquetipos amables de la “idea de paisaje”, es decir, unas ondulaciones suaves pero imponentes, un manto vegetal equilibrado de hayas y resinosos —entre los que figuran los pinos de boulange—,⁵ y pastos o, más raramente, cultivos; los pueblos, como debe ser, agrupados en torno a una iglesia pequeña, ruda y bien asentada, algunas casas amuralladas “al gusto” de las callejuelas estrechas, un cielo gris-blanco y azul que deja pasar una luz sombría y viva, y que da una profundidad inmensa a lo más alejado.

Sin embargo, uno de los alcaldes de los doce municipios está desesperado: los suelos son baldíos, las casas están vacías, los habitantes se han ido a la ciudad. Expongo el potencial de la naturaleza europea, donde se aborda la cuestión de los suelos reconquistados por una flora espontánea. La retama —especie que se planta en los jardines con grandes costes— aparece como una de las primeras etapas de los suelos baldíos en evolución, ilumina las rocas y los montes oscuros del Forez. El silencio que sigue a mi intervención traduce sin duda las dificultades que hay a la hora de transformar la mirada que desprecia un objeto conocido en una mirada que aprecia ese mismo objeto, de forma brutal, pero también evidente. Es posible, sin duda, llamar ‘jardín’ a ciertos suelos baldíos, pero nadie espera que así sea. Los suelos baldíos son esencialmente dinámicos. Es un término difícil de traducir a otras lenguas.⁶ El único equivalente es “terreno abandonado”.

El abandono de un suelo es, efectivamente, una condición esencial para que se desencadene el proceso que conduce a que una tierra, con anterioridad dedicada al monocultivo, reciba de forma progresiva decenas y decenas de especies diferentes, dentro de un orden conocido.



1. Desde hace tiempo, los terrenos baldíos de París contienen plantas exóticas: buddleias, ailanthus, robinias. Especies provenientes de China y América que se han asilvestrado en nuestros territorios (subespontáneas).
2. Berthelot, André (dir.), *La Grande encyclopédie*, H. Laminarault Editeur, París, 1891-1902.
3. Larousse, Pierre, *Grand dictionnaire universel du XIX^e siècle* [París, 1866-1876], C. Lacour, Nîmes, 1990.
4. *Ibíd.*
5. Pinos silvestres que antaño se talaban para obtener madera para los hornos de pan y que, hoy día, están dejados a su suerte.
6. *Friche* en el texto original, que aquí se ha traducido por "suelo baldío" [N. de la T.].

v. Clímax

Clímax: nivel óptimo de vegetación.

Casi siempre, en nuestros climas, el clímax es un bosque. Si abandonásemos todos los suelos cultivados de Francia, el territorio se cubriría de un manto forestal equivalente al que conocieron los hombres de antes de los tiempos de la Galia.

Solo sería parecido a aquel, ya que las especies no serían del todo las mismas. Las especies subespontáneas han modificado las series florísticas de base. Sin embargo, este bosque estaría interrumpido por landas, áreas pantanosas, estratos herbáceos, en los que no habría estrato arborescente alguno. En esos lugares, el clímax se caracteriza por otros estratos, el de los matorrales y las hierbas. Allí no pueden crecer los árboles, porque el suelo es insuficiente, hay demasiada agua o hace demasiado frío. Se habla entonces de landa climácica, estrato herbáceo climácico, etc.; pero esto no quiere decir que la configuración florística sea definitiva en esos lugares. Clímax no equivale a paro en el contexto de la evolución. Al contrario. El clímax es capaz de reciclarse por sí mismo. Por ejemplo, un árbol derribado abre un claro en el bosque en el que, de forma progresiva, recomenzará el ciclo evolutivo. Se forma un nuevo cortejo. En las situaciones óptimas de vegetación, existen varias “mejoras” posibles.

El clímax puede incluso ser modificado por completo bajo la presión de la evolución: modificaciones climáticas o del suelo locales, presión demográfica, urbanización, contaminación, etc. Se puede uno preguntar cuál es el clímax de un vertedero. ¿Qué plantas crecen a gusto y se reproducen en ese entorno?

El clímax depende de las condiciones de vida. Las condiciones de vida definen los biotopos. Hay tantos niveles climácicos como biotopos, y estos pueden modificarse con el tiempo. Para el “jardín en movimiento”, el clímax es un punto de mira, un objetivo posible. No es necesario alcanzarlo.

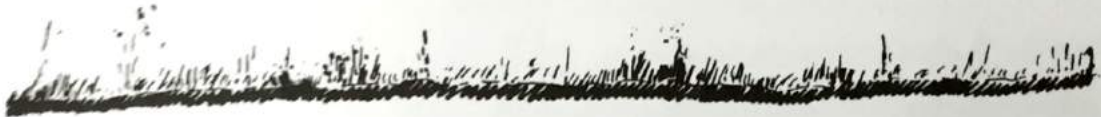
En efecto, la noción misma de movimiento supone una movilidad visible. Ahora bien, la movilidad de las conmoviciones climácicas supera la escala de tiempo de un jardín, en particular cuando se trata

Del suelo baldío al clímax

AÑO 0

Suelo abandonado

Presencia de algunas especies adventicias de cultivos.



DE 1 A 3 AÑOS

Si el suelo es de origen agrícola, se forma un manto herbáceo directamente; sino, se observa un premanto herbáceo de briofitos (musgos) y, más tarde, un manto herbáceo.



DE 3 A 7 AÑOS

El manto herbáceo

La maleza de colonización, compuesta por matorrales espinosos, interrumpe el manto herbáceo. Pradera "armada".



DE 7 A 14 AÑOS

La superficie de pradera disminuye en beneficio de los matorrales. Entre los matorrales espinosos, protegidos de los depredadores, nacen y se desarrollan los futuros árboles grandes.



DE 14 A 40 AÑOS

Los árboles proporcionan sombra. Esta provoca el debilitamiento de los arbustos que, al principio, habían protegido a los árboles, pero los arbustos solo se desarrollan si las condiciones del suelo son favorables.

En otros entornos, los terrenos baldíos pueden detenerse en una etapa anterior ya que el suelo es pobre. En todos los casos, la vegetación se corresponde con un clímax.



manto forestal o canopea

SUELO PROFUNDO

manto arbustivo

SUELO POCO PROFUNDO

margen

SUELO PROFUNDO

de un clímax forestal. Por ejemplo, para que un suelo cultivado que ha sido abandonado se transforme en un pequeño bosque de monte alto tienen que pasar unos cuarenta años. No es el caso de los suelos baldíos.

Los suelos baldíos sí que pertenecen a la escala de tiempo de un jardín. Su desarrollo natural implica que evolucione entre tres y catorce años desde que se deja en estado de abandono. Pero este proceso se puede acelerar y es posible “llevar” el suelo baldío a su riqueza florística más interesante —es decir, a algún momento entre los siete y catorce años, según el caso— de forma casi inmediata, del mismo modo que se crea un jardín.

Ello es posible debido a que un suelo baldío está, en general, profusamente dotado de todos los estratos vegetales, en particular de estratos herbáceos, y que estos aparecen y desaparecen en poco tiempo... Basta con administrar estos tiempos para retrasar el clímax. Sin embargo, conocer el clímax local proporciona información útil sobre la serie florística final que amenaza al jardín. ¿Cómo armonizarlo con la futura vegetación?, ¿puede uno integrarla desde un primer momento?



VI. Jardín en movimiento

“Solo en el vacío, afirma, reside lo verdaderamente esencial. Hallaréis, pues, la realidad de una habitación, no en el techo y en las paredes, sino en el espacio que esas entidades limitan. La utilidad de un botijo reside en el hueco que contiene el agua, no en la forma de la vasija o en la arcilla de que el alfarero la moldeó. El vacío es todopoderoso, porque puede contenerlo todo. Únicamente en el vacío es posible el movimiento”.¹
Lao Tse, citado por Kakuzo Okakura, *El libro del té*.

El vacío arquitectónico contiene un lleno biológico donde se escenifica el movimiento, es decir, la realidad del jardín.

Al contrario de lo que ocurre en el resto de los jardines conocidos, en los que la vegetación tiene un lugar designado en los macizos, en los *mixed-borders*, en los parterres, etc., aquí no existen límites físicos destinados a separar las hierbas “buenas” de las “malas”.

Puesto que estas hierbas, buenas o malas, son vecinas y se mezclan, es el carácter biológico de estas plantas lo que determinará el emplazamiento y la forma de las masas de flores. Y, como este carácter biológico es muy variable según las especies y el tiempo, las masas de flores siguen todo tipo de movimientos. En consecuencia, se produce una modificación permanente del aspecto del jardín, ya que las masas de flores no solo se transforman según las estaciones —como en cualquier otro jardín—, sino que, y sobre todo, aparecen y desaparecen en lugares no previstos del jardín, de manera que los recorridos varían de un momento al siguiente.

Momentos hortícolas o, si se quiere, biológicos. Esto puede variar de semana en semana, de mes en mes o, por supuesto, de año en año. Y, para ilustrar lo rápidos que pueden ser estos cambios, uno puede imaginar que, una vez finalizada la floración de la margarita mayor (*Lecanthemum vulgare*), se pase un cortacésped a ras de suelo. Este prado de flores se convierte en un césped y, en consecuencia, los recorridos cambian por completo. Serán más fáciles e incitantes. Allí donde se caminaba con mayor o menor facilidad —el prado de flores— ahora uno caminará sin hacerse preguntas sobre la naturaleza

del suelo, sin pensar dónde pone uno los pies en este césped recién cortado.

Imaginemos ahora que, en lugar de segar —o cortar— la totalidad de ese prado de margaritas (que al marchitarse nos parece poco estético), dejamos, aquí y allá, algunas malas hierbas por diversas razones: aquí, las margaritas aún no están marchitas; allí, hay una mata de escabiosas que, quizá, sería una pena eliminar; en otro lugar, hay gramíneas, más altas y verdes, que querríamos conservar, etc., de este modo, vemos aparecer el principio de una escultura en la materia herbácea que constituía el prado. Sin duda, hay una gran diferencia entre segar un prado o cosecharlo.

Se percibe la diferencia en cuanto se ha pasado la máquina (el cortacésped, la cosechadora, la desbrozadora de lama o de hilo, la guadaña, la podadora, etc.): el lugar se convierte inmediatamente en otro jardín. Cuanto más rápidos son los ciclos biológicos, tanto más numerosas son las especies y más frecuentes las modificaciones del jardín.

Antes caminábamos por sitios por donde ahora ya no podemos pasar, y viceversa. El término “movimiento” está justificado por la perpetua modificación de los espacios de circulación y de vegetación; gestionar este movimiento justifica el término jardín.

La idea de jardín no parece compatible con las máquinas. La proliferación de herramientas ruidosas, malolientes y costosas es arcaica frente a la naturaleza. Es decir, frente al conocimiento biológico, científico, que se puede tener de la naturaleza en la actualidad. Es como si hiciesen falta martillos cada vez más grandes para aplastar moscas cada vez más pequeñas.

Si consideramos la fragilidad de las briznas de hierba, pasar un cortacésped para dejarlas a ras de suelo es, desde el punto de vista energético, un gasto exorbitante. Sin pretender remplazar esa máquina por una oveja que pascie, debemos preguntarnos si existen otras soluciones. Por ejemplo, dejar de segar, quizá prescindir por completo del césped, lo que constituiría la mejor manera de evitar ese trabajo.

En algunos suelos baldíos, se instalan luminarias similares a las de los céspedes de los jardines muy cuidados; sin embargo, las máquinas no son las que gestionan esos espacios. ¿Son fruto de la imposibilidad de que crezcan allí los árboles, o se trata de un vacío temporal que la evolución hacia los climas colmará?

Puesto que hay de todo: arbustos, rosales salvajes, lianas, bulbos, plantas de flores e, incluso, algunos árboles, ¿podríamos utilizar todas esas bazas para hacer el jardín?



1. Tse, Lao, citado en Okakura, Kakuzo, *El libro del té*, Editorial Kairós, Barcelona, 2005, pág. 56.

VII. Un experimento

El lugar

Se trataba de un valle orientado a este-oeste, con un riachuelo en su vaguada, una ladera seca para vivir, una ladera fresca para las plantas de sombra, algunos robles ya viejos y unos horizontes limitados, pero relajantes, protegidos de todos los vientos.

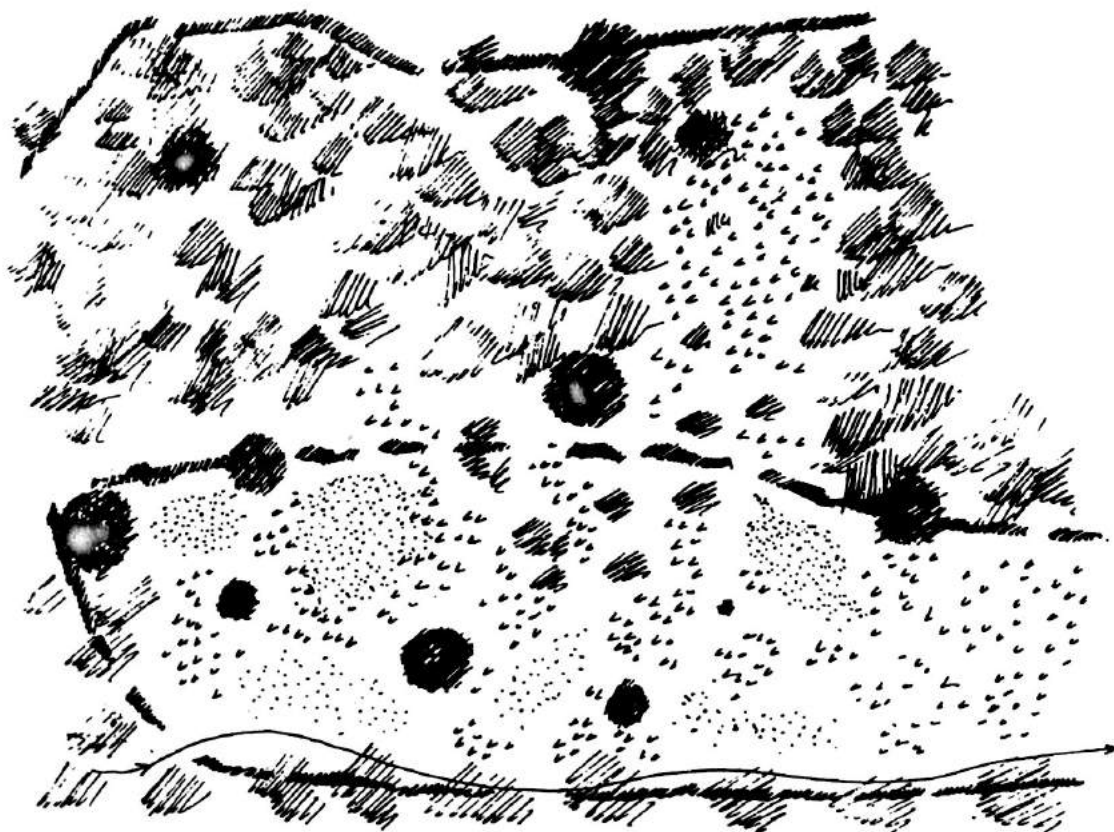
El tiempo dedicado a los trabajos pesados del jardín (desbroce, etc.) fue de cinco días al mes durante un periodo de dos años. El objetivo era lograr una superficie "ajardinada" de unos 6.000 m² en el interior de tres hectáreas de terreno.

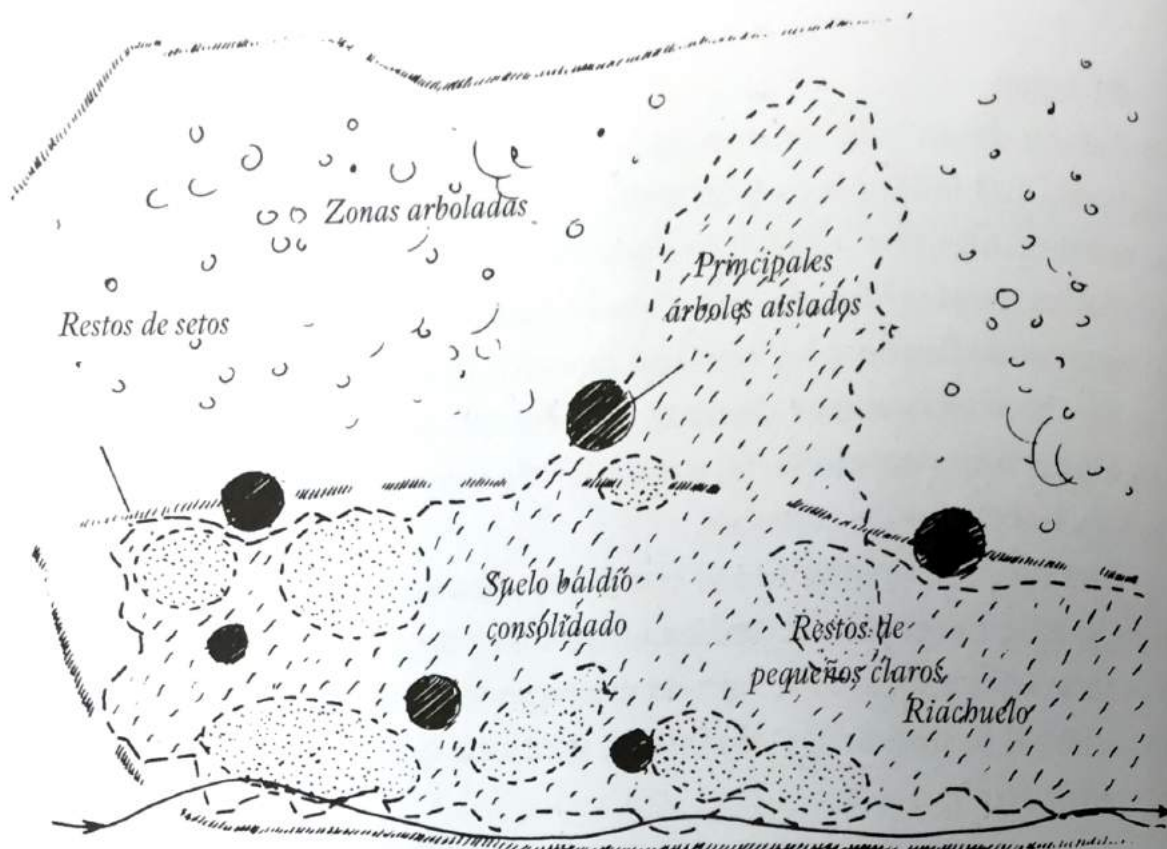
Una medida razonable: se corresponde con lo que una sola persona puede mantener si dedica entre dos y tres días al mes de media a lo largo del año, si el tercio de esa superficie se ajardina de forma tradicional (2.000 m²), y el resto se gestiona como un "jardín en movimiento".

Es un orden de magnitud, puesto que cada jardín tiene una personalidad o, lo que es lo mismo, un "tiempo" propio.

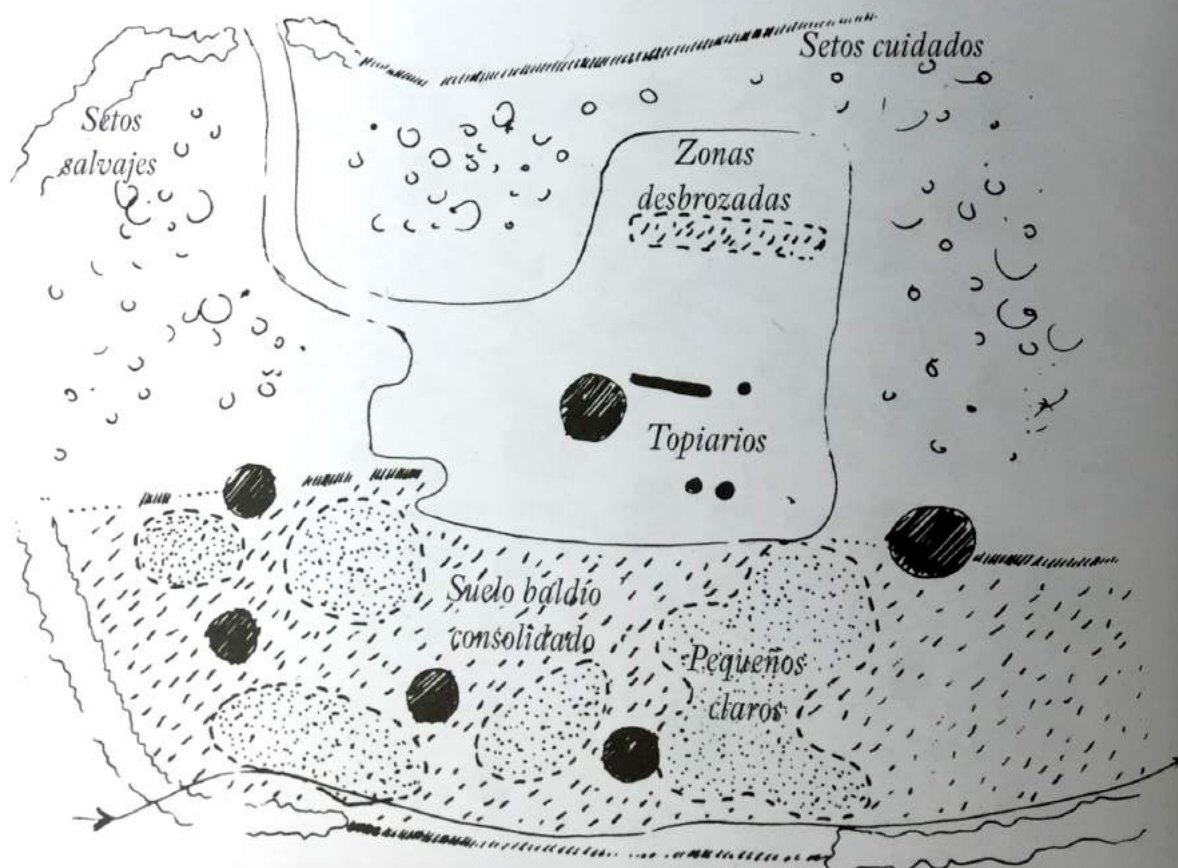
LA VALLÉE

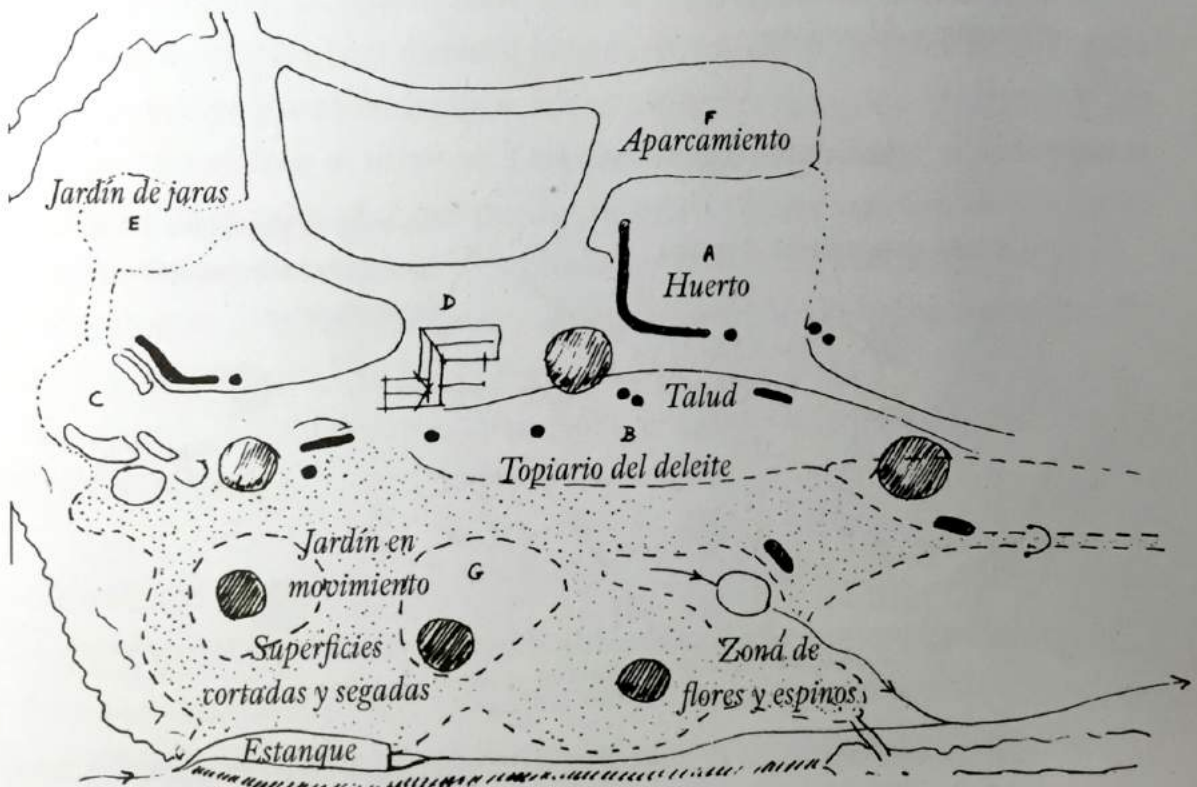
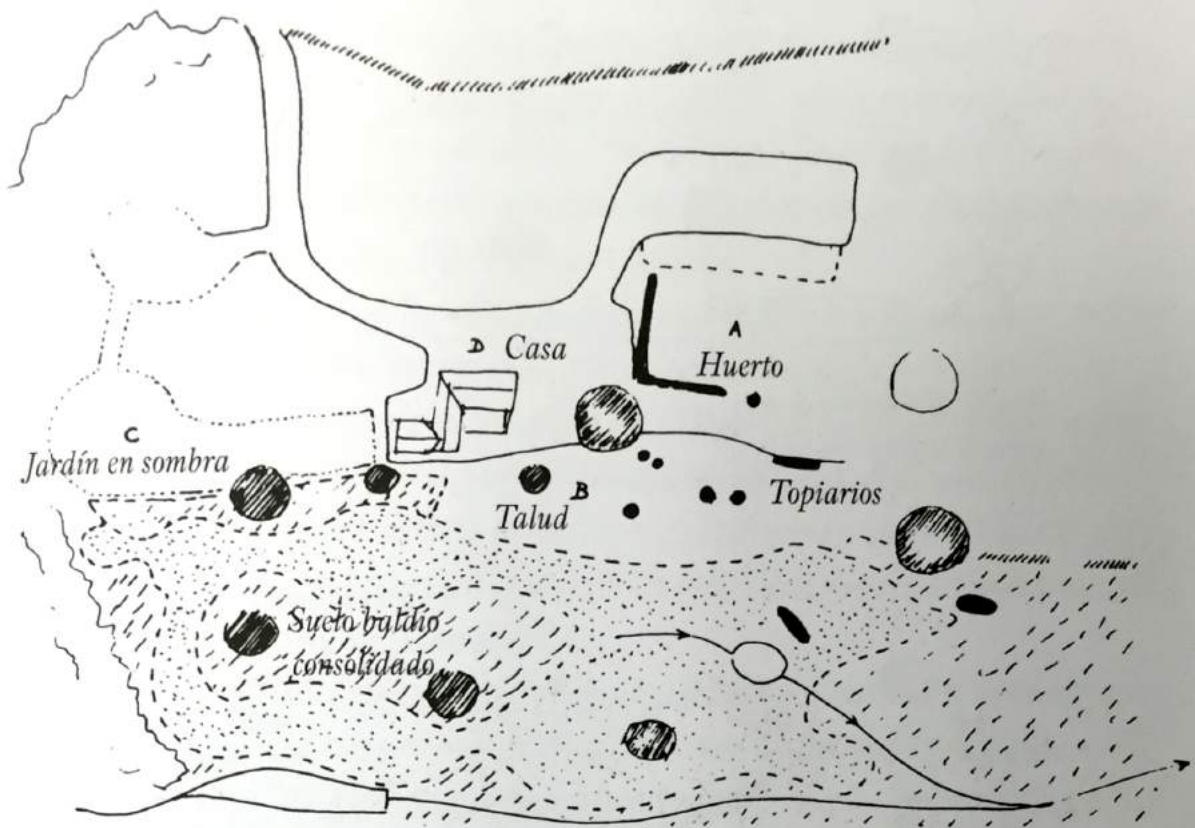
Estado del lugar en 1980





PLANO 2

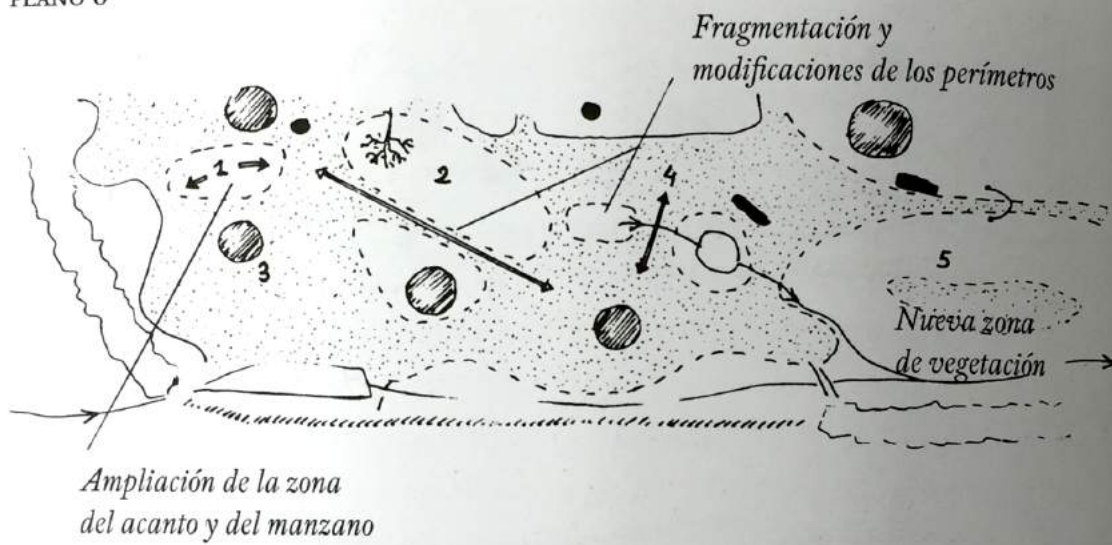




PLANO 5

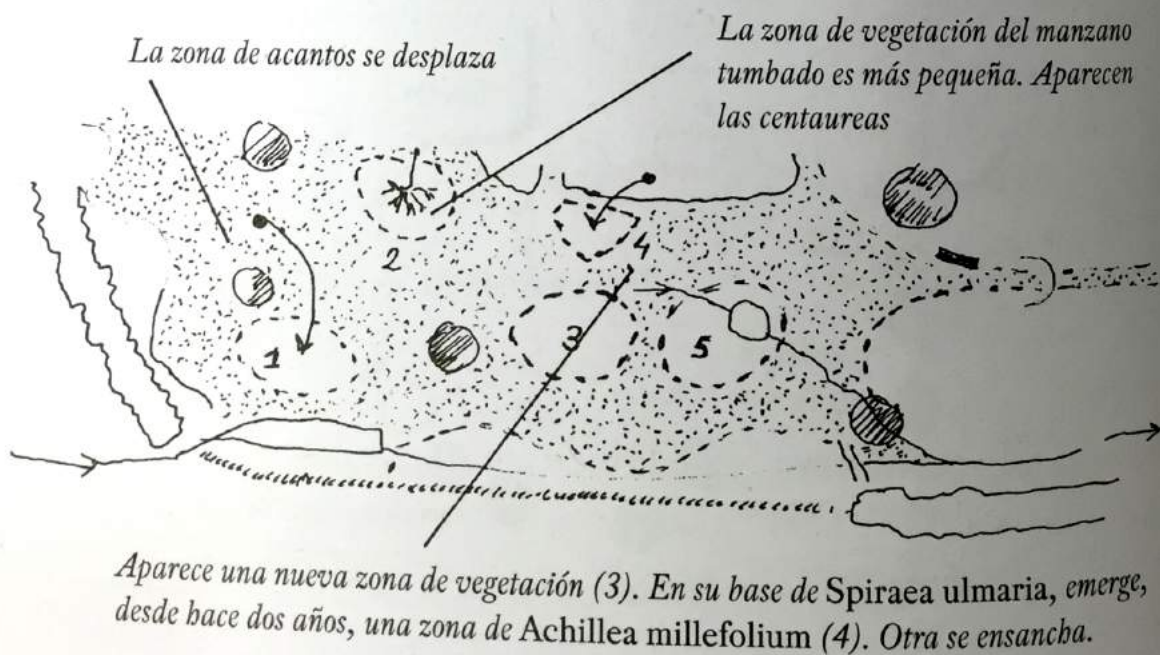


PLANO 6



PLANO 7

Estado del lugar en 1994



El plano 1 muestra el estado del lugar en 1977 (pág. 32). En este plano, se puede apreciar que la parte superior (al norte) está cubierta de árboles (un robledo-carpedal orientado al sur), mientras que la parte inferior, más húmeda, contiene restos de claros que proceden de los antiguos prados destinados al pasto. El jardín se llevó a cabo fuera de la zona de bosque. Es decir, exactamente en la parte del terreno que se corresponde con el suelo baldío consolidado.

El terreno había estado abandonado durante unos doce años, por lo que el pequeño valle de prados, antiguamente segado y dedicado al pasto (incluso, debido a la frescura del lugar, la hierba había vuelto a crecer en agosto, después de la primera siega) se había asilvestrado hasta tal punto que era difícil acceder a él, o incluso imposible en algunos puntos. A su alrededor, no habían dejado de crecer los bosques, de robles, al sur, y de hayas, al norte.

Al igual que todo el paisaje de los alrededores, estaba marcado por la huella del paisaje de un *bocage* de pequeñas parcelas, testigo de una época anterior a las grandes concentraciones parcelarias. Aunque muy asilvestrado y abandonado desde hacía más de doce años, conservaba vestigios muy claros de los antiguos setos. Muchos se han mantenido, los más periféricos y también aquellos menos continuos que separaban el terreno en dos grandes sectores en el sentido longitudinal.

Salvo el área de bosques, todo estaba colonizado por una flora de pequeño tamaño: sauces jóvenes, brotes de carpes y grupos de plantas espinosas donde los escaramujos, los espinos blancos, los endrinos y las zarzas se disputaban el terreno. Los claros, minúsculos, se condensaban en las zonas húmedas del prado, donde la colonización de las especies arbóreas era muy lenta, y también en las crestas secas de las áreas rocosas, donde el nivel climático de la vegetación se había estabilizado en forma de brezales.

También había dedaleras, verbascos y margaritas entremezcladas, al borde del desorden.

El método

En lugar de eliminar todo aquello que constituye “los suelos baldíos”, se decide mantener, aquí y allá, plantas espinosas, herbáceas, arbustos, plántulas de robles y hayas. A veces, se conserva un tronco atractivo situado en un lugar conveniente, y se lo incorpora a un fragmento de

seto; o un arbusto, elemento que se podará más tarde y se consolidará como uno de los elementos fijos del "jardín en movimiento".

Frente a la fluctuación prevista, será necesario un contrapunto de peso.

El plano 2 (pág. 32) muestra la extensión del desbroce en la parte superior del terreno, con un aterrazamiento para el acceso de la futura casa; y, en la parte inferior, la ampliación de los pequeños claros en el suelo baldío consolidado que el proyecto pretendía unir para formar un paseo. Ya se intuye que este paseo será diferente según las estaciones.

Para alcanzar el estado que se muestra en el plano 3, habrán de pasar todavía dos años (pág. 33). Se han formado dos jardines tradicionales: A) el huerto (de flores y verduras); y B) el talud seco (flores, arbustos, bulbos y topiarios).

Su gestión y mantenimiento sigue los procesos habituales; las malas hierbas se quitan a mano como si se tratase de grandes macizos de flores, aunque cada uno mantiene su propia identidad y es reconocible. En la parte inferior, las cosas son muy diferentes. El desbroce se desarrolla de forma suave; por fin aparecen paseos. En la parte superior, esto se materializa mediante una serie de claros donde se disponen un jardín en sombra y el de las jaras, más expuesto al sol (plano 4, pág. 33).

Al cabo de cuatro años, la estructura del jardín se ha implantado. Empieza entonces el mantenimiento general de todos esos espacios, ya que, aunque muy joven, este jardín ya requiere dedicación.

Y fue más o menos a partir de ese momento cuando el mantenimiento del jardín demostró ser una fuente de inspiración importante y novedosa.

Algunas plantas de flores y con follaje interesante, hoy dispersas, se asentaron, aquí y allá, en el jardín; procedían de plantas madre, plantadas deliberadamente hace tiempo en determinados lugares. Este comportamiento vagabundo no deja de tener interés. ¿Por qué considerar este euforbio (tártago) o esta aguileña como malas hierbas, por el simple hecho de haber crecido fuera del espacio que se les había signado? Hoy se encuentra en la hierba, en un camino bordeado de vegetación; mañana estará en otro lugar...

Se conservan grandes zonas de herbáceas donde crecen plantas con hojas en roseta, brancas ursinas, ulmarias, catapucias de gran tamaño, ya que pronto, dentro de dos o tres semanas (es primavera) florecerán.

En el resto del jardín se actúa con una máquina, la única máquina de verdad del jardín: un cortacésped robusto de cuatro tiempos, debido a las pendientes, una herramienta a prueba de todo y que puede cortar tanto la hierba fina, las plantas espinosas y la base leñosa de algunas flores, como la *Achillea millefolium*, que abunda en un área drenada del jardín. Además, cuando sea el momento de suprimir estas hierbas y el follaje —unas, las más precoces, en junio; otras en julio y agosto, y las últimas, en otoño— ya sea por su mal aspecto (flores y follaje marchitos) o por otras razones (especies bienales que se encuentran al fin de su ciclo, macizos que requieren una rectificación estética, etc.), bastará con pasar la máquina. Pronto, en ese lugar volverá a crecer la hierba, se formará un césped, se podrá andar allí donde, unos días antes, todavía se alzaban las astas en flor de una multitud de especies entremezcladas.

En el plano 5 (pág. 34), se indica la posición de un manzano caído que todavía mantiene tres cuartas partes de sus raíces. Se toma la decisión de conservarlo, una iniciativa que se verá recompensada en los años siguientes, puesto que el árbol dará frutos todos los años siguientes. Para facilitar la gestión de este espacio, se dispone una zona amplia alrededor de su ramaje, sembrada con aguileñas y bulbos de *Scillas*; otras plantas, verbascos y bromo, se instalarán de forma espontánea.

Como esta zona de vegetación adquiere interés, se amplía en verano.

En el plano 6 (pág. 34) se indica la evolución del jardín entre abril y octubre del mismo año. En la actualidad, por supuesto, es muy diferente. Las flechas indican dónde se han originado las zonas de vegetación, cómo han crecido (debido a la disposición natural de las plantas sobre el terreno) o cómo se han formado nuevos caminos fruto de la eliminación de masas de flores.



viii. Desfase

Dejar que la mirada flote sobre la fisura de un muro. Pensar que es antigua, pero volverla a descubrir. Atraer hacia sí las sábanas y apartar las mantas. No buscar la almohada...

El desfase proviene de la sensación de comprender algo perfectamente y, sin embargo, no haberlo comprendido todo.

El secreto sutil, ilegible, que se esconde en un pliegue del desfase, es, quizá, de orden estético.

Acaso sea también una forma muy indiscreta, aunque violenta al final, de mostrar cosas simples.

Los sueños están hechos de imágenes que se confrontan brutalmente, sin relación aparente entre ellas. En la cotidianidad, a veces decimos que “nos parece estar soñando” cuando la mirada se entretiene en un plano fijo que la imaginación no había previsto.

La adormidera roja del arriate azul, ¿hace referencia al rojo, al azul, o a aquello que ni el rojo ni el azul muestran, sino que ambos revelan?

Cuando aparecen las plantas sin previo aviso, alteran el entorno desde el punto de vista de la percepción de las cosas ordinarias, ya solo las vemos a ellas, el jardín desaparece, la arquitectura se desvanece, solo está presente el acontecimiento.

Por otra parte, tampoco deberían permanecer demasiado tiempo; ya que podrían, a su vez, volverse comunes.

Un gran ramo de crisantemos satisface.

Una amapola, cuando se coge, pierde los pétalos, perturba.

Unos perros atentos, alineados súbitamente, experimentan cierta polipnea acorde con el aplastante calor de las tumbas de Luxor.

Mono sobre el nicho de ofrendas de un altar dedicado al bosque sagrado de Sangeh.

Jardín efímero sobre la cubierta de un templo en Tirta Empul.

Acacia olvidada en un neumático.

Gaviotas agrupadas sobre dragonarias.

Eremurus en medio de las zarzas.

En un segundo, en una hora quizá, estas cosas ya no estarán ahí.
O la mirada no será capaz de captarlas.

